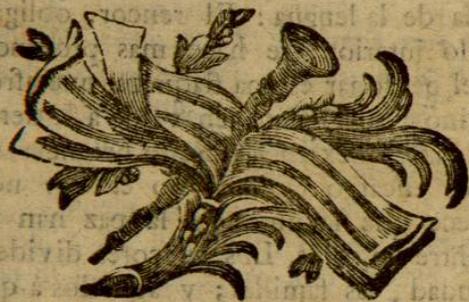


tro rencor, y del aborrecimiento que los tenemos; y si acaso estando para morir nos reconciliamos con ellos, no es porque los amemos, sino porque el corazon en aquel estado no tiene ya fuerzas para aborrecerlos: Es porque ya están casi apagados todos nuestros sentidos, ó á lo menos porque no sentimos ya mas que nuestro próximo desfallecimiento y extincion. Unamonos, pues, con Jesu-Christo que nace; contemplemos el espiritu de este Misterio; demos con él á Dios la gloria que le es debida. Este es el solo medio de darnos á nosotros la paz, que hasta ahora nos han quitado nuestras pasiones. *Amen.*



S E R M O N
PARA EL DIA
DE LA CIRCUNCISION
DE NUESTRO SEÑOR.
SOBRE LA DIVINIDAD
de Jesu-Christo.

Vocatum est nomen ejus Jesus, quod vocatum est ab Angelo.

Llamóse Jesus, que fue el nombre que le dió el Angel. *Luc. 2. v. 21.*

UN Dios que se humilla hasta hacerse hombre, aturde y confunde la razon, y esta se precipitaria en un abismo de errores, si la luz de la fé no acudiera prontamente á socorrerla, descubriendola la profundidad de la Sabiduría Divina, oculta en la aparente locura del Misterio de Dios Hombre. Por eso este punto fundamental de nuestra Santa Religion, quiero decir, la Divinidad de Jesu-Christo, ha sido siempre el objeto mas expuesto á las insensatas contradicciones del es-

piritu humano. Los hombres sobervios, que no debían ocuparse sino en acciones de gracias por el inefable dón que les hizo el Padre de misericordias, dándoles su unico Hijo, no han cesado de ultrajarle, vomitando contra este adorable Hijo las mas impías blasfemias. Están ciegos, pues no han visto que el nombre solo de Jesus, que se le impuso en este dia, nombre que primero recibió en el cielo, y que trae un Angel á la tierra á Maria, y á Joseph, es la incontrastable prueba de su Divinidad. Este sagrado nombre le establece Salvador del humano linage: Salvador, porque con la efusion de su sangre, que es nuestro rescate, nos libra del pecado, y de sus inseparables conseqüencias, que son la tiranía del demonio, y del infierno: Salvador, porque atrayendo sobre su cabeza el castigo debido á nuestras prevaricaciones, nos reconcilia con Dios, y nos abre de nuevo la puerta del eterno Santuario, que estaba cerrada por el pecado. Pero, Católicos, si el Hijo de Maria fuera puro hombre, ¿de qué precio pudiera ser á los ojos de Dios la oblacion de su sangre? Si Jesu Christo no fuera Dios, ¿cómo habia de ser aceptada su mediacion, quando él mismo tendria necesidad de mediador para reconciliarse con Dios?

Esta prueba, que no hago mas que apuntar aqui, y otras muchas que me ofrece la Religion, cerrarian prontamente la boca del impío, y confundirian su impiedad, si yo pensara en dilatar me en ellas; pero no permita Dios que yo venga al Templo Santo, en donde están levantados Altares á nuestro Divino Salvador, y en donde se juntan sus adoradores, á disputar, como si hablara entre sus enemigos, y hacer la Apologia del Misterio de Dios hombre á vista de un pueblo fiel, y de un Príncipe, cuyo mas glorioso título es el de Christianísimo. El consagrar hoy este discurso á la Divinidad y gloria eterna del Hijo de Dios, no es por confundir á los impíos, sino solamente por consolar nuestra fé, re-

firiendo las maravillas de su autor y consumidor; y por animar vuestra piedad, exponiendo la gloria, y la Divinidad del Mediador, que es el objeto y la mas suave esperanza; es tambien muy conveniente renovar de tiempo en tiempo estas verdades en el espiritu de los Grandes, y de los Principes del pueblo, para fortalecerlos contra los discursos de la incredulidad, de los que suelen estar muy rodeados, y levantar algunas veces el velo que cubre el Santuario, para exponer á su vista estas ocultas bellezas, que la Religion no propone mas que á su veneracion y respetos.

La Divinidad, pues, del Mediador no se puede probar sino por su ministerio; los títulos no se pueden manifestar sino en sus funciones; y para saber si baxó del cielo, y si es igual al Todo Poderoso, basta referir lo que vino á hacer en la tierra. Vino, Católicos, á formar un pueblo santo y fiel; un pueblo fiel que cautive su razon baxo el sagrado yugo de la fé; un pueblo santo, cuya conversacion sea en el cielo, y que ya no dependa de la carne, para vivir segun ella; este es el fin de su mision temporal.

El resplandor de su ministerio es el mas sólido fundamento de nuestra fé; y el espiritu de su ministerio la regla unica de nuestras costumbres. Si no fuera mas que un hombre enviado de Dios, sería el resplandor de su ministerio para nosotros una ocasion inevitable de nuestra supersticion y de nuestra idolatría; el espiritu de su ministerio sería el lazo funesto de nuestra inocencia; y así, ya sea que consideremos el resplandor ó el espiritu de su ministerio, queda del mismo modo invenciblemente establecida la gloria de su Divinidad.

Oh Jesus, unico Señor de todos! Recibid este público homenaje de nuestra confesion y de nuestra fé; mientras que la impiedad blasfema en secreto, y en las tinieblas contra vuestra gloria, dejadnos el consuelo de publicarla con la voz de todos los siglos, delante de

los Altares, y formad en nuestro corazon, no solamente aquella fé que os confiesa, y que os adora, sino tambien la que os sigue, y os imita.

PRIMERA PARTE.

SE manifiesta Dios á los hombres para enseñarles lo que es, y lo que los hombres le deben; y la Religion propiamente no es mas que una luz divina con que Dios se descubre al hombre, y que arregla las obligaciones del hombre para con Dios. Ya sea que el Altísimo se manifieste á sí mismo en la tierra, ó ya que llene de su espíritu á unos hombres extraordinarios, el fin de todos estos pasos no puede ser otro que el conocimiento y santificacion de su Nombre en el universo, y el establecimiento de un culto en que se dé á Dios solo, lo que solo á él se le debe.

Si nuestro Señor Jesu-Christo, pues, venido al mundo en la plenitud de los tiempos, no fuera mas que un hombre Justo é inocente, escogido solo para ser enviado de Dios á la tierra, hubiera sido el fin principal de su ministerio hacer al mundo idolatra, y quitar á la Divinidad la gloria que la es debida, para atribuir-sela á sí mismo.

Y á la verdad, Católicos, ya sea que consideremos el resplandor de su ministerio en el aparato pomposo de oráculos y figuras que le precedieron; ya en las circunstancias maravillosas que le acompañaron; ya finalmente en las obras que él mismo hizo, su resplandor es tal, que si Jesu Christo no fuera mas que un hombre como nosotros, Dios que le envió á la tierra, revestido de tanta gloria y poder, nos hubiera engañado, y sería culpable de la idolatría de los que le adoran.

El primer carácter resplandeciente del ministerio de Jesu Christo es el haber sido anunciado, y prometido á los hombres desde el principio del mundo.

Ape-

Apenas cayó Adán, quando desde lejos se le manifestó el Reparador necesario en la tierra para remediar su caída: En los siglos siguientes parece que Dios solo se ocupa en disponer á los hombres para su venida; si se manifiesta á los Patriarcas, es para confirmarlos en la fé de esta esperanza; si inspira á los Profetas, es para anunciarla; si escoge un pueblo, es para hacerle depositario de esta gran promesa; si manda á los hombres sacrificios y ceremonias religiosas, es para dibujar, como de lejos, la historia del que ha de venir; todos los sucesos que acaecen en la tierra, parece que conducen á este gran suceso: Los Imperios y los Reynos no caen, ni se levantan sino para disponerle los caminos; los cielos no se abren sino para prometerle; y toda la naturaleza, como dice San Pablo, parece que está impaciente por parir al Justo que tiene en su seno, y que ha de venir á libertarla de la maldicion en que habia caído: *Omnis creatura ingemiscit, & parturit.* (a)

Hacer, pues, Católicos, que la tierra espere á un hombre, y anunciarle desde lo alto del cielo, y desde el principio de los siglos, es disponer á los hombres para que le reciban con un respeto de religion y de culto; y si Jesu Christo no tuviera otro resplandor particular que le distinguiese de los demás hombres, pudiera temerse la supersticion de los pueblos, si hubiera sido una pura criatura; pero nada es respecto de Jesu-Christo el haber sido anunciado; todas las demás circunstancias en que se halló son aun mas maravillosas, y mas admirables que las mismas predicciones. A la verdad, Católicos, que si Cyro, y San Juan Bautista fueron anunciados mucho tiempo antes de nacer en las profecías de Isaías, y de Malachias, estas fueron unas pu-

(a) Rom. 8. v. 22.

puras predicciones sin conseqüencias, sin aparato, y que se hallan en un solo Profeta; unas predicciones que solo anuncian sucesos particulares, y en que no podía padecer engaño la religion de los pueblos: Cyro, para ser el restaurador de los muros de Jerusalén; el Bautista para preparar los caminos al que habia de venir; uno y otro para confirmar con el cumplimiento de estas particulares profecías la verdad y divinidad de todas las que anuncian á Jesu-Christo.

Pero aqui tenemos, Católicos, un enviado del cielo, pronosticado por todo un pueblo, anunciado por espacio de quatro mil años por una larga sucesion de Profetas, deseado de todas las naciones, figurado en todas las ceremonias, esperado de todos los Justos, y señalado de lejos en todas las edades: Los Patriarcas mueren deseando verle; los Justos viven con esta esperanza; los Padres enseñan á sus hijos á desearle, y este deseo es como una religion doméstica que se perpetúa de siglo en siglo: Aun los mismos Profetas de los Gentiles vén brillar desde lejos la Estrella de Jacob, y hasta en los Oráculos de los Idolos se anuncia este gran suceso: Este no es un suceso particular, sino un suceso que ha de servir de remedio al mundo condenado; es el Legislador de los pueblos, la luz de las naciones, la salud de Israel; viene á desterrar del mundo la iniquidad, á traer una justicia eterna, á llenar el universo del espíritu de Dios, y dar á todos los hombres una paz inmortal. ¡Qué aparato tan extraordinario! ¡Qué lazo sería para la religion de todos los siglos, si unos preparativos tan magníficos no anunciaran mas que una pura criatura, y particularmente en tiempos en que la credulidad de los pueblos ponía con tanta facilidad en el número de los Dioses á los hombres extraordinarios!

Por otra parte, Católicos, quando el Bautista se

ma-

manifiesta en las riberas del Jordan, temiendo al parecer, que el solo Oráculo que le habia anunciado no fuese ocasion de idolatría á un pueblo, á quien la fama de su santidad hacía que le siguiere, no hace milagro alguno: No cesa de decir: yo no soy el que esperais; parece que solo atiende á precaver los honores supersticiosos: Al contrario Jesu-Christo á quien quatro mil años antes las figuras, las profecías, las promesas habian anunciado á la tierra con tanta magnificencia; Jesu-Christo, lejos de precaver la supersticion de los pueblos respecto de sí, viene con gran virtud y poder; hace obras y maravillas que hasta entonces nadie habia hecho; y no solo se levanta sobre el Bautista, sino que dice ser igual al mismo Dios; ¿dónde estaria su zelo de la gloria de aquel que le envia, y su amor á los hombres, si en esto pudiera haber engaño, y si fuera idolatría el tributarle honores divinos?

Además, Católicos, quantos hombres extraordinarios hubo en los siglos antecedentes, todos los Justos de la Ley, y de la edad de los Patriarcas, no fueron mas que unas imperfectas imagenes de Christo, y aun cada uno de ellos no representaba mas que algun passage singular de su vida y ministerio; Melchisedech su sacerdocio; Abraham su qualidad de cabeza, y Padre de los creyentes; Isaac su sacrificio; Job sus persecuciones; Moysés su oficio de mediador; Josué su entrada triunfante en la tierra de los vivientes con un pueblo escogido: Todos estos hombres tan venerables y milagrosos no eran mas que unos rasgos del Mesías que habia de venir; era, pues, preciso que fuese muy grande este Mesías, quando tan ilustres y famosos fueron los que le figuraron; pero si quitais á Jesu-Christo la Divinidad, y su eterno origen, en nada excede la verdad á la figura. Bien sé, como diré despues, que el resplandor de sus maravillas, mirado de cerca, está señalado con unos caracteres Divinos, que no se ha-

Tomo I.

Kk

llan

Hán en la vida de estos grandes hombres; pero si se juzgára solo con los ojos corporales, no sería el paralelo favorable á Jesu Christo. ¿Es acaso mayor que Abraham? Aquel hombre tan grande, que el mismo Dios entre sus nombres mas magníficos tomó el de Dios de Abraham, como para dar á entender á la tierra, que los respetos de un hombre tan justo, y tan extraordinario, eran mas gloriosos á su soberanía, que el título de Dios de los Imperios y de las naciones; tan grande, que los Judios creían ser mejores que los demás Pueblos del mundo, solo por ser descendientes de un padre tan famoso y querido del cielo; que los padres, refiriendo á sus hijos las maravillas de su nacion, y la historia de sus mayores, los animaban á la virtud, solo con decirles que eran hijos de Abraham, y parte de una estirpe santa. ¿Es acaso mas maravilloso que Moisés? Aquel hombre poderoso en obras y en palabras, medianero de una alianza santa, que libertó á su pueblo, y sacudió el yugo de Egypto; aquel que fue declarado Dios de Pharaon; que parecia dueño de la naturaleza; que cubrió la tierra de plagas; que separó los mares, é hizo llover del cielo un nuevo sustento; aquel hombre que vió al Señor cara á cara en el monte santo, y que se dexó vér en presencia del pueblo de Israel lleno de resplandores. ¿Hay acaso en toda la vida de Jesu-Christo cosa tan extraordinaria ni tan grande? Con todo eso, todas estas maravillas no eran mas que unos toscos rasgos de su gloria y de su poder. El era quien debia perfeccionarlas, y darlas la ultima mano: si Jesu-Christo, pues, no fuera imagen de la substancia de su Padre, y el resplandor eterno de su Gloria, quando mas, debería igualarse á estos primeros hombres, y podría la incredulidad de los Judios preguntarle, sin blasfemar, ¿sois acaso mas que nuestro Padre Abraham, y que los Profetas, los que con ser tan grandes murieron? *Numquid tu major es Patre nostro Abraham?*

ham? (a) Con razon, pues, digo, que si considerais su ministerio, primeramente por el magnífico aparato de Oráculos y figuras que le anunciaron, es tal su resplandor, que si Jesu-Christo no fuera mas que un hombre como nosotros, la misma Sabiduría de Dios sería culpable del error de los que le adoran.

Pero, Católicos, Christo fue anunciado con sus miembros; nosotros estamos incluidos en las Profecías que le anunciaron en la tierra; nosotros hemos sido prometidos como una descendencia santa, un pueblo espiritual, que habia de tener gravada la ley en el corazón, y que solamente habia de suspirar por los bienes eternos, y adorar en espíritu y verdad; nosotros hemos sido, como Jesu-Christo, la esperanza de los justos del tiempo antiguo, el deseo de las Naciones; nosotros somos esta nueva Jerusalén pura y sin mancha, tantas veces anunciada por los Profetas, en la que solo Dios habia de ser conocido y adorado, en la que la fé habia de ser la sola luz que nos alumbraba, la Caridad el solo lazo que nos une, la Esperanza de la Patria el solo deseo que nos anima. ¿Llenamos, pues, esta Esperanza tan ilustre y santa? ¿Somos acaso dignos de haber sido el objeto deseado de todos los pasados siglos que nos precedieron? ¿Merecemos haber sido esperados como hombres celestiales, que debian llenar la tierra de santidad, y justicia? ¿No se engañaron los siglos esperando al pueblo Cristiano? ¿Si los Justos de los pasados tiempos volvieran á la tierra, podríamos manifestarnos á ellos, y decirlos: Ved aquí los hombres celestiales, espirituales, castos, fieles, caritativos que esperabais? ¡Ah, Católicos! los antiguos Justos fueron Christianos antes del nacimiento de la fé, y nosotros somos Judios, aun después de haber recibido el Evangelio: vivimos solamente para la tier-

(a) *Joan. 8. v. 53.*

ra; no conocemos mas bienes verdaderos que los presentes; toda nuestra religion está en los sentidos; hemos recibido mas auxilios, pero no por eso somos mas fieles.

Al resplandor de las profecías que anunciaron á Jesu-Christo se debe añadir el de sus obras y prodigios, que es el segundo caracter resplandeciente de su ministerio. Sí, Católicos, aun quando el cielo no le hubiera prometido á la tierra con tanta magnificencia, aun quando no hubiera sido, como fue en las primeras edades, la sola ocupacion y esperanza del universo; ¿cómo se manifiesta en la tierra? ¿Vióse acaso jamás hombre mas maravilloso, mas divino en sus obras, y en todas las circunstancias de su vida?

Digo, primeramente, en sus obras y prodigios. Bien sé, como acabo de decir, que en los siglos anteriores hubo en la tierra hombres extraordinarios, á los que parecia que el Señor habia hecho depositarios de su virtud y poder: Moysés, tanto en Egypto, como en el desierto, parecia dueño del cielo y de la tierra: en los siglos siguientes, Elías vino á presentarse á los hombres con el mismo poder; pero si se miran atentamente todos estos hombres milagrosos, aun en su mismo poder tenian impresos los caracteres de flaqueza y dependencia.

Moysés no obraba sus maravillas sino con la vara misteriosa; sin ella era un hombre flaco y sin poder, y parece que el Señor habia vinculado la virtud de los milagros en aquel arido leño, como para dar á entender á los Israelitas, que el mismo Moysés no era entre sus manos mas que un instrumento fragil de quien queria servirse para obrar maravillas; Jesu-Christo, aun sin hablar, obra los mayores prodigios, y el solo contacto de su ropa cura las mas desesperadas enfermedades. Moysés no comunica á sus discipulos el poder de hacer milagros, porque en él era un dón extraño, que ha-

habia recibido del cielo, y del que no podia disponer: Jesu-Christo dexa á los suyos un poder, aun mayor del que él mismo habia manifestado: Moysés obra siempre en el nombre del Señor; Jesu-Christo lo obra todo en su propio nombre, y sus obras son las obras de su Padre: no obstante, aquel Moysés que no habia sido anunciado como Jesu-Christo, que no perdonaba los pecados como él, que no decia ser igual á Dios, sino solamente su siervo fiel; aquel Moysés, temiendo que despues de su muerte le hiciesen sus prodigios ser tenido por Dios, toma sus medidas para que la credulidad de su pueblo no le tribute honores divinos en los siglos futuros; quiere que se ignore en la tierra su sepulcro; se retira al monte para morir, donde no le vean sus hermanos, temiendo que vengan á ofrecerle sacrificios al sepulcro; y oculta para siempre su cuerpo á la supersticion de las Tribus: ni aun á sus Discipulos se manifiesta despues de su muerte; contentase con dexarles la Ley de Dios, y hace los posibles esfuerzos para que le olviden; y Jesu-Christo, despues de todos los prodigios que obró en Judéa, despues de todas las predicciones que le habian anunciado, despues de haberse manifestado como Dios en la tierra, su sepulcro es conocido de todo el orbe, expuesto á la veneracion de todos los pueblos, y de todos los siglos; aun despues de su muerte se manifiesta á sus discipulos ¿era por ventura menos temible en este caso la supersticion? ¿O era acaso Jesu-Christo menos zeloso que Moysés de la gloria del Soberano Sér, y de la salud de los hombres?

Es verdad que Elías resucita muertos, pero tiene precision de echarse muchas veces sobre el cuerpo del niño que resucita, sopla, se encoge, se agita, de donde se infiere, que invoca otro poder, que llama del imperio de la muerte una alma que no está sujeta á su voz, y que no es él el dueño de la muerte y de la vida: Jesu-Christo resucita los muertos como si hi-

ciera qualquiera accion comun de la vida; habla como dueño á los que duermen el sueño eterno, é inmediatamente dá á conocer que es el Dios de los muertos, como de los vivos, y nunca mas tranquilo que quando obra las mayores maravillas.

Finalmente, los Poetas nos representaban á sus Sybylas y Sacerdotisas como furiosas quando pronosticaban lo futuro: parece que no podian sufrir la presencia del espiritu impostor que en ellas habitaba; aun nuestros Profetas quando anunciaban las cosas futuras, sin perder el uso de la razon, y sin salir de la gravedad y decencia de su ministerio, eran poseídos de un entusiasmo divino; muchas veces era preciso despertar en ellos el espiritu profético con el sonido de una Lyra: Bien se dexaba conocer que los animaba un impulso extraño, y que la ciencia de lo futuro, y los misterios ocultos que anunciaban á los hombres no los sacaban de su propio caudal; pero Jesu-Christo profetiza del mismo modo que habla; la ciencia de lo futuro ni le inmuta, no le turba, ni le sobrecoge, porque contiene en su espiritu todos los tiempos: los Misterios futuros que anuncia no son en su alma luces repentinas é infusas que le turben, sino unos objetos familiares que siempre tiene presentes, y cuyas imagenes halla en su interior, y todos los siglos futuros se comprehenden baxo la inmensidad de su vista, como el presente dia que nos alumbrá: por eso ni la resurreccion de los muertos, ni la prediccion de lo futuro, no turban su ordinaria tranquilidad; parece que está jugando quando obra maravillas en el mundo, y si alguna vez dá á entender que se turba y enfurece, es solo á vista del pecado, y de la obstinacion de su pueblo: porque quanto mayor es su santidad, tanto mas aborrece el pecado; y la sola cosa que el Hombre Dios puede vér con furor, es el espectáculo de una conciencia manchada con delitos.

Es-

Esta es la Omnipotencia de Jesu-Christo; sus milagros no dan señal alguna de dependencia, y no contento con manifestarnos con esto que es igual á Dios, nos avisa que todas las maravillas que su Padre obra en la tierra son tambien obra suya; y que las obras de su Padre son sus obras. ¿Teneis noticia de algun Profeta hasta Jesu-Christo que haya hablado de este modo? ¿y que en vez de dar á Dios la gloria, como al Autor de todo dón excelente, se haya atribuido á sí mismo los grandes prodigios que el Señor se dignaba obrar por su ministerio?

Pero, Católicos, nosotros además de haber sido anunciados con Jesu-Christo, somos partícipes de su soberanía sobre todas las criaturas. El Christiano por la fé es dueño de la naturaleza; todo le está sujeto, porque él solo está sujeto á Dios: Todas sus obras, en algun sentido, deben ser milagrosas, porque todas deben derivarse de un principio sublime y divino, y exceder las fuerzas de la humana flaqueza: Debemos ser, por decirlo así, hombres milagrosos, y dueños del mundo, despreciandole; elevados sobre las leyes de la naturaleza, sobrepujandolas; árbitros de los sucesos, sujetandonos á ellos; y aun mas fuertes que la muerte, deseandola: Este es el sublime estado del Christiano. Es preciso, pues, que Jesu-Christo sea muy grande para haber levantado á tanto poder y grandeza á la flaqueza humana.

Finalmente, el ultimo caracter resplandeciente de su ministerio son las maravillosas, y hasta entonces inauditas circunstancias, que componen el discurso de su vida mortal. Bien sé que vino pobre y humilde; pero entre esta exterior apariencia de obscuridad y desprecio, aun sus mismos enemigos se ven precisados á reconocer en él el resplandor de su Divinidad. Primeramente, aunque le miren como á un hombre semejante á nosotros, le creen, no obstante, formado
por

por la operacion invisible del Altísimo, en el Seno de una Virgen de Judá, contra la ley ordinaria de los hijos de Adán. ¿Qué gloria esta, aun quando no tuviera otra, para una pura criatura?

En segundo lugar: apenas nació quando las celestiales Legiones hacen resonar los ayres con cánticos de alegría, y nos enseñan que este nacimiento, glorifica al Altísimo, y trae la eterna paz á la tierra. ¿Quién es, pues, esta criatura que puede glorificar al Altísimo, y no halla su gloria sino en sí misma? Pero despues un nuevo Astro llama á los Magos en lo interior del Oriente, y guiados por esta misma luz, vienen estós hombres justos desde las estremidades de la tierra á adorar al nuevo Rey de los Judios.

Exâminad todas las circunstancias de su vida: Si Maria le presenta en el Templo, un Justo, y una Santa muger anuncian su futura grandeza, y transportados de una santa alegría, mueren contentos despues de haber visto á aquel á quien llaman salud del mundo, luz de las naciones, y gloria de Israel. Los Doctores juntos en el Templo, ven con admiracion su niñez mas sábia é ilustrada, que toda la sabiduría de los ancianos: segun vá creciendo, se vá manifestando su gloria: El Bautista, el mayor de los hijos de los hombres, se humilla en su presencia, y se tiene por indigno de servirle, aun en los mas viles ministerios: El cielo se abre muchas veces sobre su cabeza, y declara que aquel es el hijo amado: Los demonios espantados huyen de su presencia, no pudiendo sufrir su santidad; y confiesan que es el Santo de Dios. Juntad, pues, tan nuevos y tan distintos testimonios, circunstancias tan extraordinarias é inauditas: ¿Quién es, pues, este hombre que se manifiesta en la tierra con tanto resplandor? ¿No tienen buena escusa los pueblos que le adoran?

Pero estos no son mas que unos debiles preludios de su gloria: Si se retira al Thabor, acompañado de tres

Dis-

Discipulos solos, su gloria, impaciente, si es licito decirlo asi, de haber estado hasta entonces como cautiva baxo el velo de la humanidad, brilla hácia fuera; dexase ver todo rodeado de resplandores: el Padre celestial temiendo entonces que la gloria de Jesu-Christo fuese ocasion de error y de Idolatria á los discipulos admirados, y testigos del espectáculo, parece que hubiera debido avisarlos, que este Jesus á quien veían tan glorioso, no era mas que su siervo y su enviado; pero al contrario, los declara que es su hijo amado, en quien se complace, sin poner límites á los honores que quiere le tributen. Quando Moysés se manifestó cercado de gloria, y como transfigurado en la montaña de Siná, temiendo que los Israelitas, inclinados siempre á la supersticion, le tuviesen por un Dios baxado á la tierra, declaró al mismo tiempo el Señor desde lo alto del cielo, entre truenos y relámpagos: *Yo soy quien soy, y no adorareis mas que á mí solo.* (a) El mismo Moysés se presenta al pueblo, llevando en las manos las Tablas de la Ley, como para darle á entender, que aun en medio de la gloria de que le veían adornado, no era mas que Ministro, y no Autor de la Ley Santa; que á él solo le tocaba presentarla gravada en la piedra, y que solo Dios era quien podia imprimirla en los corazones: Pero Jesu-Christo se manifiesta en el Thabor como Legislador: El Padre Eterno no le dá una nueva ley, para que la trayga á los hombres, solamente los manda que le oygan, y se le presenta como Legislador, ó por mejor decir, como su ley viva y eterna. ¿Qué mas puedo decir, Católicos? Si desde el Thabor pasamos al Calvario, á aquel lugar en donde debian consumarse todos los oprobrios del Hijo del hombre, el mismo Calvario sirve de teatro á su gloria, y á su Divinidad: Toda la naturaleza desordena-

da

(a) Exod. 3. Deuter. 6.

da le reconoce allí como á su Autor; los Astros que se ocultan, los muertos que resucitan, las piedras de los sepulcros que se abren y se rompen, el velo del Templo que se rasga, y la incredulidad misma que le confiesa por boca del Centurion; bien se conoce que no es un hombre comun el que muere, y que en este monte está pasando alguna cosa nueva y extraordinaria.

Muchos Justos habian muerto antes de él á manos de los impíos: El Palacio de Herodes acababa de vér la cabeza del Bautista hecha premio de la sensualidad: Isaías glorificó á Dios con una muerte terrible, y no obstante la sangre de los Reyes, de quienes descendía, no pudo su augusta ascendencia librarle de las persecuciones, que son siempre la recompensa de la verdad y del zelo: Otros muchos murieron por la justicia; pero no parecia que la naturaleza toda entera se interesase en sus trabajos: Los muertos no salian de sus sepulcros, como para reprehender á los vivos sus sacrilegios; nada de esto se habia visto aún en la tierra.

Recorred los demás misterios de su vida; en todos hallareis nuevos rasgos que le distinguen de los demás hombres: Si resucita de entre los muertos, además de hacerlo por su propia virtud (lo que hasta entonces nunca se habia visto) es para no volver á morir, como otros á quienes resucitaron los Profetas, y recibe en la tierra una vida inmortal, lo que nunca se concedió á criatura alguna.

Si sube al cielo no es en un carro de fuego, que le arrebatara de un golpe: él mismo se eleva con magestad: dexa á sus amados discipulos tiempo bastante para que le acompañen con la vista, y para que rindan las debidas adoraciones á su Divino Maestro: Los Angeles se presentan delante de este Rey de la Gloria, como para recibirle en su Imperio, y consuelan á los afligidos discipulos, prometiendoles que volverá á la

tier-

tierra rodeado de gloria y de inmortalidad; todo anuncia en la tierra al Dios del cielo, que vuelve á el lugar de donde habia salido, y que vá á tomar posesion de su gloria; todo persuade á los hombres esta verdad.

Quando Elías fue arrebatado en el carro de fuego, no tuvo por testigo de esta ascension milagrosa mas que á un solo discipulo; sucede ésta en un lugar apartado y distante de la vista de los demás hijos de los Profetas, los que acaso, mas crédulos, y menos instruidos que Eliseo, hubieran en aquel instante tributado honores divinos á este hombre milagroso; pero Jesu Christo sube al cielo rodeado de gloria, á vista de quinientos discipulos; los mas débiles, y aun aquellos en quienes estaba menos radicada la fé de la resurreccion, son llamados los primeros al santo monte; nada se teme de su credulidad; al contrario se les sufren sus adoraciones, como sus pesares y lagrimas; y una vida llena de prodigios, tan inauditos hasta entonces en la tierra, se termina por ultimo con una circunstancia aun mas maravillosa, y la que unicamente bastaria para hacerle mirar como á un Dios, y para eternizar el error y la Idolatría entre los hombres.

Es cierto, Católicos, que si los siglos Paganos para justificar los impíos é insensatos honores que tributaban á sus Legisladores, á los Fundadores de los Imperios, y á otros hombres célebres, hacian decir á sus Historiadores y Poetas, que estos Heroes no habian muerto; que solo habian desaparecido de la tierra; que siendo de naturaleza de Dioses, habian subido al Firmamento para ocupar en él su lugar con los demás Astros (que segun ellos eran otras tantas Divinidades que nos alumbran) y para gozar allí de la inmortalidad debida á su nacimiento divino; si una tan grosera ficcion bastó para mantener á los hombres Idólatras por tanto tiem-

Ll 2

po,